

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—(Pagos adelantados)

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » » 5 » » »	
500 » » » » » 25 » » »	
1000 » » » » » 50 » » »	
Paquetes, sin suscripción de 100 núms. 2 ptas.	
Incluidos gastos de correo, sin certificar.	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

LO TUYO Y LO MIO

Contaba yo á la sazón nueve años. Hace de esto, por consiguiente.... Pero no. ¡Baste saber que hace mucho tiempo!

Entre los criados de mi casa figuraba un honrado matrimonio cuyos servicios hacía casi ilusorios la vejez de los miembros que lo componían; pero que fueron siempre respetados en sus destinos respectivos en gracia á haber formado parte de la servidumbre de mis abuelos, entre la que contrajeron ambos especialísimo mérito, tales como salvar la vida en día de revuelta popular á alguien, no sé á quién de la familia, ocultándole con grave riesgo á la turba desenfrenada, y dando á esta una dirección falsa que la hizo caer en manos de un retén de la milicia vecinal, formada en aquellos calamitosos tiempos para defender personas y cosas de la engañada y ebria turba-revuelta revolucionaria.

Este matrimonio, del cual acabo de decir tanto bueno, tenía un defecto, á medias repartido entre marido y mujer, que le hubiera hecho insoponible á no ser por el recuerdo de los méritos contraídos por ambos, y de que se ha hecho mención.

Para ellos la vida matrimonial era una lucha perpétua; eran lo que se llama dos personas de mal genio, pero de un mal genio verdaderamente excepcional de puro malo.

El asunto más insignificante, la cuestión más baladí era para ambos, no pretexto—se incomodaban con la mejor buena fe del mundo,—no pretexto, sino poderosa razón para emprender una polémica á grito herido, de indefinida duración, ya que no terminaba por un acuerdo, sino por agotamiento físico, una ronquera de la mujer, un acceso de tos del esposo... por causa de fuerza mayor, en una palabra.

Pero en esta ocasión la cosa iba de veras. Se trataba de que el viejo,

recordando tiempos mejores, había consumido dos terceras partes del frasco de aguardiente de moras que su digna esposa guardaba, para un remedio, en lo alto de una viejísima y carcomida alacena, (¡la compraron para casarse!). El resultado de la incalificable calaverada lo presumirá el lector. Antonio, que así se llamaba el viejo, estaba alegre, muy alegre.... ¡demasiado alegre!

Interrogóle su mujer, y no negó el hecho. Había bebido, porque lo que hay en España es de los españoles, y lo que había en su casa era suyo, y el que no lo quisiera así que lo dejara.

El estrépito de la discusión, con la que se mezclaban las sonoras carcajadas del alegre viejo, llegaron hasta los pisos inferiores de la casa, que ocupábamos nosotros; y de algunas exclamaciones de la vieja y de las contestaciones incoherentes del marido, se pudo venir en conocimiento de la causa de la pelotera de aquel día. ¡La primera, y eran las diez de la mañana!...

Ella.—...Eso es... Y de esa manera se acabarán estas disputas. ¡Qué dirán los señores!

El.—¡Qué dirán! Lo que dicen hace mucho tiempo. Que eres insufrible; que hice un disparate en casarme contigo...

Ella.—¿Dicen eso?

El.—No; pero lo debían decir. ¿Y quién sabe si lo dicen? Sobre todo, aquí estoy yo que lo sé, y no me muerdo la lengua.

Ella.—Bueno, pues por eso. Tú á tu casa, yo á la mía. ¡Se acabó! Y si el señor prefiere que se quede alguno aquí...

El.—No serás tú.

Ella.—Pues tú menos.

El.—Bueno; las cosas en caliente. Partamos lo que aquí hay. Venga lo mío y quédate con lo que te toque. Tira de ahí.

Ella.—A escape.

Después de estas palabras, pronunciadas en voz baja, enérgica é inci-

siva por ambas partes, se oyó el sordo rumor que produce el arrastre de un mueble pesado.

Púseme de pie, y pude contemplar por el ojo de la llave que los pobres ancianos, haciendo, sin duda, inauditos esfuerzos, habían colocado en el centro de la habitación un arcón grande, levantado su tapa y tomado asiento en sendas sillas junto al depósito de sus bienes.

Un instante vacilaron. Sin duda ninguno quería ser el primero en introducir el brazo en las profundidades del arcón; al cabo se decidió ella, y, observando la prenda que pendía de su mano, dijo con cierto aire despreciativo:

—¡Tuyo!—Y la arrojó á un lado.

Era un chaleco rameado y floreado hasta lo inverosímil.

—¡Mío!—dijo luego, repitiendo la operación con una basquiña maravillosa.

Imitóla el marido, y durante algunos minutos sólo se oyeron en aquel cuarto estas dos palabras, repetidas indistintamente por uno ó por otro:— ¡Mío! ¡Tuyo!—¡Tuyo! ¡Mío!

Y trapos y ropas volaban por el aire para caer luego en dos montones á alguna distancia.

Debo confesar que hasta aquí el espectáculo me pareció cómico en alto grado. Dos figuras que se inclinan alternativamente sobre un arcón abierto, que se mueven con dificultad, que repiten aquel ¡Mío! ¡Tuyo!... ¡Vamos, que me costó trabajo contener la risa! Además, á los nueve años necesita uno poco para reirse.

Pero de pronto varió de un modo profundo la expresión del rostro de Antonio. Pintóse en él hondísima pena, é inclinándose pausadamente, como con respeto, al fondo del casi exhausto arcón, sacó de él con temblorosa mano y delicioso gesto un paquete de papel amarillento por la acción de los años, y, abriéndolo con cuidado, expuso su contenido á las miradas de su mujer.

La pobre vieja, no muy colorada d

ordinario, se puso como la cera y miró piadosamente lo que le mostraban.

—¿Qué será?—me dije, empujándome.

Antonio llevó á sus labios el paquete, y de él salió, empujado por el achuchón cariñoso que allí diera la desdentada boca del viejo, un trozo de tela colgando de unas cintas.

—¡A ver, á ver!—mascullaba yo con curiosidad imposible de describir. Y poníame sobre las puntas de los pies, doloridos ya.

Al fin me enteré, sí; aquel era el famoso escapulario que llevó al cuello en Africa, el día que le mataron, aquel Andrés, hijo de los pobres abuelos, cuyas proezas nos refería Antonio sorbiendo lágrimas, al amor de la lumbre, en las noches eternas del invierno. El escapulario del Carmen, negruzco por la sangre seca del pobre Andrés, que dió su vida por la patria lejos de ella, sin besar á su madre... Lo conocía perfectamente: era la reliquia de los viejecitos, que la recibieron con la noticia de la muerte de Andrés en carta que desde Aguarrás (Wad-Rás), como decía Antonio, escribió el subteniente de Andrés á los padres infelices.

Y ahora hete á estas arrugadas personillas á punto de decidir de quién era aquel triste despojo.

—¡Mío!—fué á decir Antonio.

—¡Mío!—intentó exclamar la viejecilla; y cogió el escapulario por un extremo...

—¿Tuyo?—preguntó el marido.

—¿Tuyo?—repitió la mujer.

Yo escuchaba conteniendo el aliento. Había algo en aquella escena tan sugestivo, que por nada del mundo hubiera yo dejado de contemplarla.

Miráronse los viejos en silencio. Por un instante se oyeron sus anhelantes respiraciones.

—¡Nuestro!—gritaron con sus vociferaciones de caña rota; y febrilmente, con fuerza que no se hubiera supuesto en ellos, enlazaron sus cuerpecillos encorvados, apretando entre ambos el escapulario, llorando estrepitosamente y repitiendo:

¡Nuestro, nuestro!...

Un sollozo capaz de ahogar á cualquiera me subió á la garganta, y durante un buen rato, con la frente apoyada en la puerta, sin compasión, á torrentes, lloré hasta desahogar la emoción intensa que me embargaba. Yo creo que si no hubiera podido llorar, me muero.

V. ESPINÓS

En un asilo francés vuelve á llamarse á las hermanas de la caridad

Habla la Prensa francesa de un suceso digno de atención, que se ha desarrollado ante la Comisión administrativa del Asilo de Roanne.

Después de las últimas elecciones municipales, se cubrieron algunos puestos que había vacantes en la expresada Comisión, y se reunió esta.

Una cuestión delicada figuraba en el orden del día: la reorganización del Asilo de ancianos. *Dicho Asilo, inaugurado hace pocos meses con personal laico, estaba en completa anarquía.* Un enfermero abandonó el servicio escapándose con la cocinera; coincidió esto con el abandono de su cargo por el propio director del Asilo. El resultado fué que los pobres asilados quedáronse un día sin comer, bajo al régimen de democracia y de laicismo.

Había que poner término á semejante estado de cosas, de punto intolerable. Tal era la labor que iba á acometer la Comisión administrativa de Roanne.

Monsieur Bonnaud, alcalde, planteó la cuestión, y pidió á todos su parecer.

El doctor Cacarié furibundo radical, anticlerical rabioso, masculló entre dientes:

—Yo soy muy anticlerical, pero creo que la experiencia está hecha; aquí no cabe más que un remedio: las Hermanitas:

El ciudadano Lauxerois socialista y anticlerical, apoyó al doctor Cacarié, diciendo:

—En efecto: es necesario que las Hermanitas vuelvan á encargarse del Asilo; pero hay que hacer algo más, y es dar al juicio público la satisfacción de que este acuerdo nuestro se ha tomado por unanimidad.

Y por unanimidad acordó la Comisión radical-socialista, anticlerical, etc., de Roanne, encomendar nuevamente el Asilo á las religiosas, para que los ancianos puedan acabar sus días sin estar expuestos á un ayuno forzado por los amores mal reprimidos de las enfermeras laicas con los cocineros anticlericales.

Los mandamientos del hogar

DECÁLOGO DE LA MADRE

I. Criarás a tu hijo con la leche de tus pechos, y de no ser posible, vigilarás atentamente su alimentación.

II. No le destetarás hasta que tenga dientes, señal de que pueda digerir, y aun así no tomará alimentos fuertes.

III. No usarás otros medicamentos que los que la ciencia te ordene, rechazando toda intrusión de gente ignorante.

IV. Tendrás siempre limpio a tu hijito, no abrumándole con ropas, ni desnudándole imprudentemente.

V. No lo obligarás a dormir en vano, ni le alimentarás a todo momento, evitando el alcohol.

VI. Le darás a diario un baño de aire puro y, a ser posible, de agua fresca.

VII. No permitirás que le exciten ni los ruidos ni las luces; evita besuqueos inoportunos y acostúbrale a una santa disciplina.

VIII. Le vacunarás sin pretexto alguno.

IX. No obligarás a tu hijo a realizar esfuerzos materiales ni intelectuales que no

estén en consonancia con las energías de su organismo.

X. Le enseñarás a soportar con entereza las penalidades de la vida, a creer en Dios y practicar el lema: *Si quieres ser amado, ama.*

MANUEL DE TOLOSA LATOUR

LA IGLESIA

Ni la fuerza, ni el oro la fundaron, ni el humano saber ni la elocuencia, y cuenta veinte siglos de existencia que indefectible siempre la encontraron.

Todos ¡ay! al pasar la calumniaron: la calumnió el amor, la falsa ciencia, la calumnió el tirano y la obediencia hasta sus mismos hijos le negaron.

Enterrando fué siglos y herejías, y enterrando a los pueblos y naciones contra su Dios y Cristo rebelados...

¡Europa criminal de nuestros días, ni ejércitos tendrás ni acorazados, y aun ella reinará en los corazones!

FR. S. DE U.

Una carta de Melilla

Copiamos de la revista «El Santo Escapulario», esta edificante carta:

«*Tumiat Norte 26 de Marzo de 1912.*»

Muy reverendo Padre director de la revista del Carmen, en Osuna.

Mi muy reverendo Padre: Mil perdones le pido por dirigirme á usted sin tener el honor de conocerle, ni siquiera el título de suscriptor á esa revista; pero no dudo en hacerlo, por tener la dicha de llevar sobre mi pecho la preciadísima insignia del bendito escapulario, y querer divulgar un hecho portentoso, que si bien no califico de milagro, no es por falta de un profundo e íntimo convencimiento, sino porque estimo que la Iglesia, con su autoridad, es la llamada a calificar este importante extremo.

Soy capitán de infantería con destino en el regimiento de San Fernando, número 11, al que vine destinado como voluntario cuando dió comienzo esta campaña de Melilla, con el fin de aportar mi modestísima intervención a los fines que nuestra querida España persigue en este suelo africano; y desde que llegué he salido ileso de escaramuzas y combates en los que he intervenido, merced a la protección de la Santísima Virgen, teniendo tal fe en esto, que no me ha costado trabajo el vencer en las ocasiones de peligro al instinto de conservación, pues constantemente solicito la ayuda y protección de la Virgen y sobre todo que no me deje morir sin confesión, con cuyo requisito tendré la animosidad suficiente para morir tranquilo.

El 22 del actual, y después de tomar la posición desde la que le escribo, los moros se dedicaron a hostilizarnos desde unos barrancos próximos; yo, como acostumbro, me encomendé a la bendita Virgen, y ella me dió, como siempre, fuerzas para cumplir con mi deber.

Próximamente á las cuatro de la tarde, y cuando llevábamos seis o siete horas de fuego, senti como un golpe en el lado izquierdo hacia la base del pecho.

Miré en seguida al sitio en el que senti el golpe y noté que tenía atravesada la pelliza de un balazo mauser.

Hice una observación más detenida y encontré que el proyectil tenía su entrada en el camión, inmediata a la medalla de la

bendita Virgen que llevo puesta desde hace unos días y que reemplacé a los cuatro escapularios.

Proseguí mi examen y la camiseta estaba atravesada; y, a pesar de que la trayectoria a recorrer por el proyectil, según se desprendía de la situación de los orificios de entrada y de salida en la ropa debía de haberme herido, tan sólo tenía una contusión insignificante en la base del tórax, que no necesitó ni de la asistencia facultativa.

Todos mis jefes, compañeros y soldados reconocían ser una cosa portentosa, y yo, en aquel momento, ofrecí hacerlo público, y a este fin me dirijo a usted para que haga de esta carta el uso que tenga por conveniente; este mi ofrecimiento no tiene mas importancia que el de vencer un ridículo y exagerado respeto humano, que, como usted demasiado sabe, es causa de que queden ignoradas un sin fin de pruebas de la inagotable misericordia de Dios, ejercida por la mediación del culto a nuestra amadísima Virgen.

De usted reconocidísimo y humilde hijo espiritual.

VÍCTOR MARÍA JIMÉNEZ.

(A su disposición incondicional en Melilla: regimiento infantería de San Fernando, núm. 11, capitán de la cuarta compañía del segundo batallón.)

Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Gijón

Sigue afianzando su significación popular y mostrando palmariamente los altos fines que en beneficio de las clases proletarias realiza.

Basta, para convencerse de ello, echar una mirada sobre los siguientes datos que se publican en la **Memoria** que nuestro querido amigo D. Calisto de Rato y Roces director Gerente del Monte de Piedad ha tenido la atención de remitirnos.

«En el año de 1911 se hicieron en la sección del *Monte de Piedad* 19.991 préstamos, de los cuales: 16.805 fueron sobre ropas y efectos, por pesetas 77.240,35; sobre alhajas, 2.809, por pesetas 98.845,75; personales y de otras clases 377, por pesetas 336.065,80. Su total 19.991 préstamos que importaron pesetas 512.151,90.

Así mismo se han hecho: 16.230 cancelaciones sobre ropas y efectos, por pesetas 75.768,50; sobre alhajas 2.376, por pesetas 80.361,55; sobre garantías diversas 353, por pesetas 308.296,19. Su total 18.959 cancelaciones, que importan 464.426,24 pesetas.

El número de subastas celebradas ascendió a doce, en las cuales fueron publicados 1.218 lotes de ropa y efectos que adeudaban por capital e intereses 6.968,00 pesetas.

En la sección de la *Caja de Ahorros* se hicieron, durante 1911 imposiciones 3.377 que importaron pesetas 571.286,82, y devoluciones 2.097, por pesetas 490.009,90.

El capital del *Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Gijón*, que en 31 de Diciembre de 1910 era de pesetas 27.331,64, más 2.208,10 que figuraban en la cuenta abierta para adquisición de casa propia, se eleva en 31 de Diciembre de 1911 a la cifra de 34.861,22.

Hemos de hacer notar que en los 16.805 préstamos hechos sobre ropas y efectos, que importan 77.240,35 pesetas, lo que da un promedio de algo más de 4 pesetas para cada préstamo, ninguna ganancia obtiene el establecimiento. Por el contrario, como esto se hace por servir a los pobres, evitando que vayan a las casas de empeño, sirviéndoles por un interés insignificante, este capítulo representa el de más sacrificio para el *Monte de Piedad de Gijón*, y a él tiene que prestar todo su cuidado por el carácter benéfico que estas operaciones revisten, pues para esto se establecen los Montes de Piedad, para evitar que los menesterosos sean explotados por la despiadada usura. Así, pues, el movimiento del capital invertido en estos préstamos,

rende una utilidad muy pequeña al establecimiento, que solo percibe el seis por ciento anual con lo que no alcanza para cubrir los gastos del personal afecto a este servicio.

Lo que queda referido, y el hecho constante de que todos los años destine nuestro *Monte de Piedad* cantidades de consideración a realizar prácticamente sus fines, bien sea devolviendo gratuitamente lotes a los pobres, ya distribuyendo limosnas en diversa forma entre los desheredados de la fortuna, o ya fomentando virtudes sociales, hace que nunca falten donativos al establecimiento, y que el ingreso de numerario en nuestra acreditada *Caja de Ahorros* vaya aumentando paulatinamente.

En efecto, los favorecedores y clientes del *Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Gijón*, saben que al prestarle auxilio, favorecen al mismo tiempo a las clases más necesitadas toda vez que la enseñanza bajo la que se cobijan los Montes de Piedad es la de la caridad cristiana; y de este modo, al venir a nuestra *Caja de Ahorros*, sin perjudicarse en lo más mínimo, antes bien beneficiándose ellos por los premios y concesiones que aquí obtienen, contribuyen a la realización de una obra buena.

El amor al pobre, el interés por el bienestar del obrero se demuestran protegiendo estas instituciones, y no con discursos abundantes en figuras retóricas y en promesas de mejoras que nunca se realizan.

El pueblo va ya cansado de tanto charlatán como vive y prospera a su costa.

Pero ahora no hay milagros...

—No te había sentido venir. ¿Qué es lo que estás leyendo? Alguna novela interesante, sin duda.

—No, tío; las aficiones novelescas no son de mi gusto. Considero tiempo perdido, ó poco menos, el que se emplea en llenarse la cabeza con esas fantasías y divagaciones, cuyo mayor bien sólo puede consistir en que no hagan mal. Por mi parte, prefiero las narraciones históricas, y, dentro de ellas, las que nos refieren vidas y hechos de santos. No puedes figurarte qué dulce sugestión y encanto tienen para mí esos amables milagros que, como blancas flores de idealidad y de pureza, matizan y embellecen esas vidas tan austeras, tan plácidas, tan hermosas.

—Bien, pero ahora no hay milagros —interrumpió el noble señor con aire que denunciaba cierto fondo de incredulidad desdeñosa.

—¿Que no hay milagros, dices?

—A lo menos yo no he presenciado ninguno, y ya ves, hija mía, que no soy un niño y que he corrido un poco el mundo y convivido con toda clase de gentes.

—Querrás decir—comenzó la joven—que hoy los milagros no son tan frecuentes como en los antiguos tiempos, y esto es verdad. ¿Sabes por qué? Porque no son tan necesarios ahora como antes. Me explicaré. En los siglos primeros del cristianismo, cuando los pueblos acababan de abrazar las doctrinas de la Iglesia ó estaban aún indecisos entre el paganismo y el Evangelio, era conveniente y hasta necesario que Dios viniera a confirmar con el

sello del milagro la predicación de los encargados de anunciar la buena nueva á las gentes, poniendo ante sus ojos la verdad y divinidad de la doctrina. Pero hoy no es así. Para que los hombres de ahora puedan convencerse de que la Religión católica es realmente cosa de Dios, no tienen más que abrir los ojos y ver. Ver el cumplimiento de todas las antiguas profecías, ver los frutos de esa misma Religión en todos los órdenes de la vida, ver, sobre todo, ese milagro permanente de la subsistencia y estabilidad de la Iglesia, vencedora del tiempo y de los hombres, triunfadora y llena de vida en medio de las ruinas de todos los imperios, de todas las instituciones, de todas las filosofías, de todas las religiones humanas. Quien no vea, quien no crea, quien no contemple la mano de Dios en este milagro ¿qué prodigio ni qué maravilla podrá arrastrarle a creer y adorar?

—Razonas y te expresas como una filosofía—dijo sonriendo el noble anciano;—mas no hablábamos de eso, sino de los milagros tangibles y materiales, que son los únicos que entran por los ojos e impresionan a la generalidad de los hombres.

—Y yo te digo que esos milagros los tenemos también hoy, y con relativa frecuencia. ¿Quieres presenciarlos, quieres verlos por tí mismo? Nada más fácil. Toma un día el tren, traspasa la frontera y ve a confundirte con la muchedumbre de piadosos peregrinos que, sobre todo en esta época del año, acuden a la sagrada gruta de Lourdes. Verás allí enfermos que repentinamente curan, paralíticos que al paso de Jesús Sacramentado se levantan de sus camillas y echan a andar, cancerosos que sanan radicalmente, ciegos que, al contacto del agua de la sagrada fuente, recobran la vista y otros desahuciados de la ciencia, que una virtud sobrenatural restituye a la vida, a la salud, al trabajo...

—Todo eso lo he oído muchas veces, pero...

—No hay pero que valga, querido tío. Esos hechos, esas curaciones, esos milagros se realizan un día y otro día, un año y otro año, no en privado y en la soledad de una alcoba, de un gabinete, de una capilla, sino públicamente, a la luz del sol, ante muchedumbres inmensas y heterogéneas, en presencia de creyentes y de incrédulos, de almas sencillas y de hombres de ciencia, los cuales, tras escrupulosísimo examen, certifican y acreditan que hay en todo ello algo que se escapa en absoluto al poder humano, algo que pregona la intervención directa, evidente, de la mano de Dios. Y hablo de Lourdes, singularmente, por ser allí donde los milagros aparecen hoy con mayor multiplicidad y frecuencia, con signos más ostensibles y manifiestos; no porque sea aquél el único lugar donde se da el milagro. ¡Oh! si tantas almas buenas y santas

como, por fortuna, hay en el mundo, escondidas y humildes, quisieran decirnos algo del misterio de sus vidas... ¡qué de portentos y prodigios no saldrían a la superficie!...

TEODOMIRO

El catolicismo y el suicidio

Ha llamado poderosamente la atención en el extranjero y muy particularmente en Inglaterra, una estadística sobre el suicidio, que ha dado la vuelta por los periódicos y que por vez primera publicó el profesor de la Sorbona Mr. Durklein en la revista alemana *Der Alte Glaube*.

Es la tal estadística una demostración elocuentísima del saludable poder que encierra la creencia católica contra el suicidio.

El periódico alemán da las cifras siguientes por año y por millón de habitantes:

Sajonia (protestante)	330 suicidios
Francia	225 »
Austria	163 »
Italia	58 »
España	18 »

Mr. Durklein pone al pie de la estadística: «Al leer las anteriores cifras se nota enseñada que la proporción de suicidios es mucho menor en donde como en España, Italia y Portugal, el pueblo practica con más integridad la doctrina católica, y por el contrario llega al grado máximo donde más domina el protestantismo, como en Prusia, Sajonia y Dinamarca».

El mismo profesor da como exactos los números siguientes por año y millar de habi-

tantos:

Estados católicos	28
Estados de religión mixta	35
Estados protestantes	190

Donde más claramente se nota la diferencia es en Suiza que da:

Cantones católicos	119
Cantones protestantes	307

En Francia, como era de esperar, aumenta el suicidio según disminuyen las creencias.

En el año 1839 la estadística dió 2.752 suicidios y en el 1903 ha llegado a 8.885.

Di, lector sensato, ¿no son asesinos del pueblo los gobiernos que le quitan las creencias católicas?

La higiene de los pies

Un callista londinense asegura que su negocio se arruinaría, si la gente llegase a convencerse de que los callos más rebeldes pueden curarse, frotándose los todas las noches con vaselina.

La cura es sencillísima, y sólo requiere mucha constancia.

Los pies doloridos se alivian mucho, frotándolos con unguento de hamamelis de Virginia.

Los juanetes se curan frotándose por la mañana y por la noche con aceite común.

Otro remedio eficaz contra los juanetes incipientes es el iodo, pero hay que asegurarse primeramente de que este producto no es perjudicial para la piel, porque existen personas a quienes les prueba muy mal.

Los pies se quedan muy descansados, bañándolos de vez en cuando en agua caliente con un poco de sosa, sin exagerar la dosis de este producto, porque puede perjudicar.

Un remedio antiguo y muy eficaz contra los callos es el de aplicarse por la noche un trocito de limón y vendarse el pie para que el limón no se corra de sitio.

Después de repetir la aplicación unas cuantas noches, se lavan los pies con agua caliente, y el callo podrá arrancarse perfectamente con unas tijeras.

El peor enemigo de los intereses de los callistas es una enfermedad larga del cliente, porque todo enfermo, que se pasa cinco ó seis semanas en la cama, suele perder el pelo, pero también pierde los callos.

El calzado bueno es otro de los enemigos del callista.

Unas botas mal hechas, o de número mayor o menor del que debe usarse, no sólo producen callos, si no que a la larga son causa de juanetes.

En cambio, si el calzado es bueno y tiene la medida y la forma conveniente para los pies del portador, no se forman callosidades.

Correspondencia administrativa

Sr. D. G. F. C.—Nembra.—Pagó a fin de Septiembre 1912.

D.^a E. S. de A.—Madrid.—Id. fin 1912. No tenemos las hojas que nos pide; en compensación aumentaremos los números que desea.

Sr. D. L. P.—Barruelo del Valle.—Id. fin Agosto 1912.

Sra. D.^a A. M.—Villota del Duque.—Pagó a fin Junio 1912.

Imp. de Lino V. Saugenis.—Gijón

¡ANUNCIANTES!

no desatendais esta **Sección** que invierte sus utilidades en libretas de la Caja de Ahorros, para familias pobres: : : : : :

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJÓN

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez a una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables a la vista.—El 3 y medio por 100 anual a las imposiciones reembolsables a los seis meses.—El 4 por 100 anual a las imposiciones reembolsables a doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas a seis pesetas, y se alquilan a dos reales al año, para ahorrar a domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 7.530.911,14 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 a 12 y de 3 a 6

El mayor pecado del socialismo consiste en haber herido tan impiamente el corazón del pueblo, corazón que era todo de la Iglesia de Cristo y que hoy siente el suplicio horrendo de vivir sin dinero y sin Dios.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1876

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de alfilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas ó correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok ó solo para la combustion de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, luceras, bajadas de aguas, tubería, parrillas etc.

Noticias

La pornografía en Inglaterra.— Los Jueces ingleses persiguen con severidad a los que se dedican a la trata de blancas y a los que comercian con libros o fotografías inmorales.

La Policía ejerce en las calles una de las vigilancias más activas.

Dos individuos que vendían fotografías inmorales, han comparecido ante el Tribunal de Newington.

Uno de ellos ha sido condenado a recibir 25 latigazos y a nueve meses de trabajos forzados.

Al juzgar al otro procesado, acusado de haber ofrecido en la calle fotografías obscenas, el Juez ha lamentado no poderle condenar todo lo severamente que merecía.

Le ha castigado también a 25 latigazos con una fusta especial y a nueve meses de trabajos forzados.

Un cálculo sugestivo de contabilidad pública.—«En 1881—decía Mons. Touchet, Obispo de Orleans, en un reciente discurso pronunciado en el local de la Sociedad de Santo Tomás de Aquino, de Besançon—empezó M. Jules Ferry la persecución religiosa. Desde 1871 hasta 1881 el presupuesto de la enseñanza se había elevado sólo a 92 millones; en 1900 llegó a 365 millones, o sea ¡un millón diario! Y añadiendo a eso las construcciones escolares, cuyo importe ascendió a 1400 millones, resulta que el aumento de dicho presupuesto durante esos veinte años fué de 7000 millones de francos, los cuales colocados al 3 por 100 de interés, darían una renta de 210 millones, suma suficiente para crear la Caja de retiros de obreros.

Las consecuencias que se deducen de este cálculo no necesitan comentarios.